



GRACIOSO Y DIVERTIDO CHASCO

que han dado dos señoritas á un caballero americano en esta corte.

I.

Habitaba en esta corte un gallardo caballero, que venido de la Habana con algunos milloncejos, buscaba por todas partes una princesa lo menos que quisiera ser su esposa llevándole, por su puesto, un dote sobresaliente con sus títulos muy buenos, ya demas que fuera bella, y de virtudes modelo, que no respondiera á nada

si él la reprendia sério, y que jamás en su vida le preguntara de intento dónde iba, ó si venia de ver algun compañero; pues era el medio seguro de conservar el sosiego y la paz inalterable que le suplicaba al cielo reinara en su matrimonio sin que faltara un momento. Y como nunca un amigo falta que venda un secreto, es el caso que esta historia algunos la descubrieron,

y entre las variâs personas
que utilizarla quisieron
se hallaban dos señoritas,
guapas ambas y de ingenio,
que despues de proyectar
el mas venturoso medio
de cautivar al galan
y cumplido caballero,
haciéndole que en sus aras
deposite desde luego
los millones que tenia,
graciosa red le tendieron
y el resultado que tuvo
muy en breve lo sabremos.

II.

En una tarde de Junio
solo el caballero estaba
paseando en el Retiro,
cuando una hermosa dama
que en opuesta direccion
tambien por allí pasaba,
seguida de un lacayito
de presencia muy bizarra,
al hallar al habanero
le miró con tanta gracia,
que le dejó trastornado
sin saber qué le pasaba.
Recóbrase al fin un poco
y tras de la bella marcha,
decidido á no dejar
el camino que llevara
aun cuando por ir tras ella
ni en tres meses descansara,
pues duda no le cabia
que aquella hechicera dama
seria la que su mente
buscó con tanta constancia,
amable, rica y bonita,
y de cuna encopetada.
Mil proyectos en su mente

sobre qué decir forjaba,
cuando vió que la señora,
que así arrebató su calma,
se reclina en un asiento,
despues un pañuelo saca
y le pasa por su frente
una y otra vez y varias;
llama luego al lacayito,
que á respetable distancia
sin atreverse á llegar
mira afanoso á su ama,
y por señas, pues sin duda
ha perdido la palabra,
le pide que corra al punto
y agua que beber la traiga,
pues se le acaban las fuerzas
y hasta el aliento le falta.
Apenas partió el lacayo,
el caballero á la dama
se aproxima muy turbado
y de esta manera le habla:
—Si aceptar quereis, señora,
una oferta que yo os haga,
puesto que, segun comprendo,
os sentís un poco mala,
apoyaos en mi brazo,
mi coche fuera os aguarda,
dad la órden al cochero
que os conduzca á vuestra casa.
Y si despues permitís,
que á saber de vos yo vaya,
el mas feliz de los hombres
me juzgaré con tal gracia,
pues hasta encontraros buena
no tendrá mi pecho calma;
¡tal impresion ha causado
hoy en mí vuestra mirada!
La jóven agradecida
le dijo que si aceptaba
todos sus ofrecimientos,
y cuando fuera á su casa
le contaria el motivo

por el cual así se hallaba,
segura de que al saberle
la tendria quizá lástima.
Se apoyó luego en su brazo,
subió al coche que aguardaba,
saltó despues al pescante
el lacayito con gracia,
y el coche partió ligero
á la casa de la dama.

III.

Apenas al otro dia
del reloj las dos sonaron,
diligente el caballero
subió á su coche exclamando:
—¡Ah! por fin voy á admirar
aquel serafin amado
á quien juré desde ayer
hacerme su humilde esclavo,
si es que mis ánsias escucha
y al espresarse mi lábio
jura pagarme mi amor
dándome su blanca mano.
Así el gallardo doncel
llega á la casa, y bizarro
despues de con ligereza
subir hasta el sotabanco,
se encuentra con la doncella
(que se parece al lacayo)
y le dice que su ama
ansiosa le está esperando.
Entra por fin y se encuentra
que el cuarto no está amueblado
nada mas que con decencia,
pero está ella, y borrado
queda ya de su memoria
si es rico ó pobre el mueblario.
Con finura la saluda
y con ella es contestado;
pregunta si está mejor,
y entonces vertiendo llanto

que al caballero conmueve
le dice: será muy raro
que disfrute de salud
quien sufre en el mundo tanto.
Yo, señor, soy heredera
de un marqués muy millonario,
y como única hija
me mimó mi padre tanto,
que nunca tuve un capricho
sin cumplirle al poco rato.
Mas quiso mi mala estrella
que viera á un señor gallardo
sin que él se fijara en mí,
y mi casa abandonando
tras de sus huellas me vine
tan solo con mi lacayo.
Y cuando al fin frente á frente
en el paseo le he hallado,
fué tan grande la impresion
que produjo en mí este acaso
que pensé perder la vida
al encontrarle á mi lado.
¡Oh cuando mi padre sepa
lo que un amor temerario
ha trastornado mi mente,
me mata sin mas reparo!
—No os matará, bella dama,
dijo el galan estasiado,
al menos que muera yo
para no poder salvaros;
pues si me dejan vivir
os juro que de contado,
he de ver á vuestro padre
y de él el perdon alcanzo:
dando despues nuestra union
como el mejor desagravio
de lo que pueda alterar
vuestro honor immaculado,
y ya que solo por mí
sufre vuestro pecho tanto
desechad esos pesares,
vivid tranquila y pensando

que antes que se pase un mes
esposos seremos ambos,
poseyendo una fortuna
que envidiaran mas de cuatro.
Quedándose muy confusa
ella le dice que al cabo
le confiesa sin rodeos
que se encuentra sin un cuarto,
pues lo poco que sacó
ya se lo lleva gastado.
Sin esperar un momento
el doncel enamorado
dos mil duros que llevaba
le pone al punto en la mano,
y en el momento deciden
que porque no sufra tanto
partirán los dos en busca
de su padre acongojado,
y pedirán su perdon,
quedando fijado al cabo
el dia en que felices
se unirán por tierno lazo,
porque puedan con envidia
dulces esposos llamarlos.
Llega la noche y los dos
en la estacion se encontraron,
y como él en su cartera
lleva el dinero encerrado,
pues ella así se lo dijo
para mas asegurarlo,
en tanto que él los billetes

iba á sacar: temerario,
dice la dama, ¿no veis
que millones encerrados
llevais en esa cartera
y que pudieran robaros?
Traedla, y mientras venis
aquí con ella os aguardo.
Apenas el caballero
volvió la espalda, de un salto
sale á la calle la dama,
y á un coche, con su lacayo,
(que no es otro que la amiga
que inventó con ella el chasco)
se sube, dando la orden
de con paso apresurado
llegar á la otra estacion,
pues antes se equivocaron.
Llegan allí y al momento
antes que puedan notarlo,
billetes para París
las dos al punto sacaron,
donde llenas de contento
de mil placeres gozando,
vieron pasarse los dias
las semanas y los años.
Mientras lleno de pesar
el crédulo americano,
renegó toda su vida
de aquel amor desgraciado,
que le dejó sin mujer,
y lo que es más, sin un cuarto

FIN.

MADRID.—1873.

Despacho de Marés y Compañía. Juanelo, 19.